

CHILENOS DE ORIGEN ÁRABE: LA FUERZA DE LAS RAÍCES

Autores: Lorenzo Agar / Nicole Saffie¹

Resumen

Durante la primera mitad del siglo XX, unos diez mil inmigrantes árabes llegaron a Chile buscando mejores condiciones de vida, donde se toparon con algunas dificultades, como nulo apoyo estatal y discriminación. Sin embargo, el carácter permanente del movimiento migratorio los llevó a adaptarse rápidamente mediante el comercio, acceso a la educación y la celebración de matrimonios mixtos. Así hoy sus descendientes han logrado un exitoso proceso de integración social, preservando al mismo tiempo con fuerza sus raíces árabes.

Abstract

During the first half of the 20th century, nearly ten thousand Arabic immigrants came to Chile looking for better conditions of life but they ran into some difficulties such as discrimination and no state support. Nevertheless, the permanent migratory movement of the Arabs to Chile was quickly adapted into the Chilean society by means of trade, education and marriages between Arabs and Chileans. Today, their descendants achieved a successful in achieving social integration while preserving their roots.

Palabras clave:

Comunidad, cultura, discriminación, identidad, inmigración, integración.

Key words:

Community, culture, discrimination, identity, immigration, integration.

¹ Lorenzo Agar es chileno, de origen paterno sirio, sociólogo, profesor de la Universidad de Chile. Nicole Saffie es chilena, de origen paterno palestino, periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

1. Antecedentes históricos

La desestabilización del Imperio Otomano a fines del siglo XIX, fue uno de los principales hechos que motivó a la población árabe a dejar sus localidades de origen. La inestabilidad política y administrativa, los tratos discriminatorios hacia quienes no profesaban la religión musulmana y la falta de perspectivas económicas, hicieron que miles de jóvenes buscaran nuevos horizontes.

Pero no era un camino fácil. Quienes se decidían a partir, debían reunir una buena cantidad de dinero y además, aceptar vivir en sociedades con costumbres e idiomas totalmente distintos a los propios. Y luego, enfrentar un largo periplo: tomar un tren desde sus aldeas o pueblos de origen hasta el puerto más cercano —Trípoli en el caso de Siria, Beirut en El Líbano, y Haifa o Jaffa en Palestina. Allí compraban un pasaje en la clase más económica de alguna embarcación con destino a Buenos Aires, Argentina. Como las compañías navieras recalaban en diversos puertos europeos antes de cruzar el Atlántico, los árabes fueron tomando contacto por primera vez con las personas y el estilo de vida occidental.

Una vez que llegaban al continente americano algunos desembarcaban en Río de Janeiro, Brasil, pero la gran mayoría lo hacía en Buenos Aires. Allí se establecieron algunos, pero otros emprendieron una nueva aventura: cruzar la cordillera de Los Andes a lomo de mula con el objetivo de instalarse en Chile. La travesía era peligrosa, debían viajar unos cuatro días hasta la ciudad de Los Andes, desafiando la altura de las elevadas cumbres, el clima inclemente en invierno, los deshielos en primavera y peligrosos desfiladeros en el camino.

El primero en lograrlo fue un palestino, acerca de cuya identidad no hay consenso, en el año 1881. Pero la inmigración árabe a Chile comenzó cuatro años más tarde, con el arribo de 29 personas. Abraham Saffe, de origen sirio, y Santiago Beirutí, libanés, fueron los primeros viajeros de los cuales se conoce su identidad, quienes llegaron en 1888.

Estos primeros inmigrantes buscaban vivir en un entorno valórico similar al propio, cosa que encontraron en la sociedad chilena de la época. El país ofrecía buenas oportunidades económicas, especialmente por el salitre, y extensos territorios que necesitaban poblarse. Sin embargo, no contaba con ningún tipo de política para favorecer la migración árabe, al contrario de lo que sucedió con otros grupos nacionales, tales como alemanes, italianos y suizos. Esto no sólo se tradujo en una falta de herramientas de trabajo y de medios para iniciar una labor, sino también de una nula o escasa existencia de mecanismos de concesión para instalarse en áreas territoriales específicas. Llegan a Chile en momentos en que las políticas de apoyo estatal a la inmigración ya habían terminado. A partir de 1907 el interés oficial por el fenómeno migratorio había disminuido considerablemente, justo cuando la inmigración árabe alcanzaba su mayor apogeo.

Los árabes tuvieron que abrirse camino por sí mismos. La política inmigratoria del Estado chileno había favorecido la llegada de inmigrantes centroeuropeos, ya sea por la historia de su desarrollo técnico o por sus rasgos étnicos². Benjamín Vicuña Mackenna, destacado intelectual de la época, elaboró una clasificación de los países europeos, según la cual las personas que deseaban inmigrar al país debían cumplir una serie de condiciones para ser seleccionadas. Sobre todo, debían contar con una actividad laboral reconocida como empresario, técnico, obrero o agricultor³.

Los árabes, en cambio, formaban parte de aquellos grupos étnicos de procedencia no europea que causaban cierto recelo en la sociedad chilena. La amplia mayoría correspondía a hombres menores de 30 años, sin una profesión ni educación formal. Los primeros años en el país no fueron nada fáciles para los árabes, pero los ayudó a salir adelante su carácter emprendedor y su deseo de alcanzar un mejor nivel de vida que el que tenían en sus lugares de origen. Su sentido de la responsabilidad y de trabajo duro, son valores que se traspasaron de generación en generación —según la Encuesta de Población Árabe, EPOA⁴, del año 2001, estos valores son los más apreciados por la mayoría de sus descendientes en la actualidad.

Además de su espíritu de lucha y sacrificio, un factor que los ayudó a adaptarse más fácilmente al nuevo país, fue la llamada “migración en cadena”. Esto es, que los habitantes toman la decisión de abandonar sus tierras cuando un pariente de la misma aldea o ciudad ya lo ha realizado antes, instándolos a tomar el mismo rumbo⁵. Los inmigrantes “tenían familia o conocidos en Chile, por lo cual la migración de un grupo familiar se fue dando paulatinamente, hasta completarse en el país”⁶.

Los lazos y el fuerte sentido de familia que caracteriza a la sociedad árabe, fueron elementos clave a la hora de tomar la decisión de partir. Y a pesar de estar lejos de su lugar de origen, los inmigrantes tendieron a conservar su círculo cercano —pareja, hijos y parientes. Este fenómeno continuó incluso en las generaciones posteriores. Según la

² L. AGAR y A. REBOLLEDO. La inmigración árabe en Chile: Los caminos de la integración. En libro “El mundo árabe y América Latina”. Santiago: Ediciones UNESCO, 1997, pp. 287.

³ A. REBOLLEDO. La “Turcofobia”. En “Discriminación anti-árabe en Chile, 1900 – 1950”. Santiago: Revista Historia, vol. 28, 1994, pp. 64-66.

⁴ L. AGAR. Encuesta a la población de origen árabe en Chile (EPOA). Santiago: 2001. Encuesta realizada entre abril y mayo de 2001, con el objetivo de identificar algunos de los principales atributos sociodemográficos y culturales de los descendientes de árabes en Chile. Respondieron la encuesta un total de 137 personas: 34 académicos de la Universidad de Chile (58% del total de académicos de ese origen en dicha institución), 39 estudiantes de la Universidad de Chile (11% del total de alumnos descendientes de árabes de ese plantel) y 64 empresarios registrados en la Sociedad de Fomento Fabril (13% del total de empresarios de este origen inscritos en esta organización gremial).

⁵ A. H. MATTAR. Guía social de la colonia árabe en Chile (siria, palestina, libanesa). Santiago: Editorial Ahues Hermanos, 1941.

⁶ D. LAHSEN ABOID. Construcción de una nueva identidad “chilena-palestina”. Tesis para optar a grado de Licenciada en Historia, Universidad Finis Terra. Santiago: 2001, pp. 6.

EPOA 2001, el 61% de los encuestados tiene padre y madre de origen árabe. Incluso más, en el caso de los empresarios, el 55% de los hombres y el 60% de las mujeres, considera importante que su cónyuge sea también de origen árabe.

Influyó además la necesidad de contar con personas de confianza para los nuevos negocios. En la medida que los inmigrantes se fueron estableciendo y desarrollando económicamente, fueron recurriendo a la ayuda de sus familiares⁷. De hecho, en las pequeñas fábricas y tiendas comerciales trabajaban en conjunto marido, esposa, hijos y muchas veces, otros familiares cercanos.

De esta forma, la migración en cadena constituyó, psicológicamente, una gran compensación a las pérdidas sufridas a causa del acto migratorio⁸, e influyó en la forma en que las personas se ubicaron geográficamente. Ayudó también a los inmigrantes a permanecer en contacto con su núcleo familiar y coterráneos, permitiéndoles conservar sus costumbres y tradiciones. Claro que en este tema, fue la mujer quien jugó un rol preponderante en el mantenimiento de la identidad cultural de su pueblo. Son ellas quienes han transmitido con fuerza la cultura árabe a sus hijos. Lo contrario sucede con las mujeres chilenas casadas con hombres de origen árabe, quienes tienden a minimizar las raíces árabes en sus hijos⁹.

El proceso migratorio de las mujeres fue algo distinto al de los hombres, pues ellas llegaban al país sólo cuando su marido o padre contaba con las condiciones básicas para instalarse junto a su familia y enviaba los medios para que se embarcara. Al momento de llegar a Chile, sólo un 9,4% de las personas estaban casadas¹⁰, lo que permite suponer que las mujeres ingresaron principalmente por decisión del padre o porque eran llamadas para contraer matrimonio en estas nuevas tierras. Otras veces, cuando el inmigrante conseguía los medios necesarios para hacer el viaje de vuelta a su lugar de origen, volvía

⁷ Según el estudio Proyecto Comunidad Chilena – Palestina, conformado por entrevistas grupales y realizado por la consultora Marketing Mix Asesorías para la Fundación Palestina Belén 2000, entre julio y agosto del año 2000, los descendientes de los inmigrantes árabes aún conservan un fuerte sentido de familia, y gran solidaridad y ayuda mutua entre familiares y amigos.

⁸ M. T. DAHER. Exploración psicosocial de la inmigración libanesa en Chile. Tesis para optar al grado de Psicólogo, Universidad Católica de Chile. Santiago: 1986, pp. 82-83.

⁹ Según el Proyecto Comunidad Chilena-Palestina, donde uno de los grupos entrevistados es de mujeres chilenas casadas con hombres de origen palestino, se desprende que ellas, en general, privilegian la integración de los niños en la sociedad chilena, en su entorno más cercano; desean producir el cambio en sus hijos e integrarlos lo más posible al entorno chileno; no están motivadas a hacer vida social entre árabes, sólo a nivel familiar; y no quieren que sus hijos sean discriminados, por lo que no reforzarán la identidad árabe en ellos. Algunas citas de validación son las siguientes: “Yo feliz que mi esposo les cuente de su país de origen, pero hasta ahí no más”; “A ellos no les tocó escuchar lo que nosotras hablábamos de los árabes. No me gustaría que mis hijos tuvieran que sentir lo que a lo mejor mi marido sintió muchas veces”; “Hoy nuestros hijos no sufren la denominación ‘árabe’ o ‘turco’, son un chileno más y no se sienten diferentes”; “No quiero que se sientan más árabes que chilenos”.

¹⁰ M. OLGUÍN y P. PEÑA. La inmigración árabe en Chile. Santiago: Ed. Instituto Chileno-Árabe de Cultura, 1990, pp. 79.

en búsqueda de una esposa. De esta manera, la inmigración femenina árabe se caracterizó por ser de naturaleza dependiente¹¹.

2. El proceso migratorio: tres etapas

Entre 8.000 y 10.000 personas¹² procedentes de la zona del Levante llegaron a Chile durante 1885 y 1940¹³, —fechas consideradas como extremas en el flujo de la inmigración árabe al país. Este proceso contempló al menos tres etapas, las cuales coinciden con una serie de cambios políticos, económicos y socioculturales en Chile.

La primera fase se desarrolló desde fines del siglo XIX hasta antes del inicio de la Primera Guerra Mundial, concordando con el apogeo de la explotación del salitre en el norte chileno. En este lapso llegó más de la mitad de inmigrantes árabes al país —un 51% de la población¹⁴. Entre 1905 y 1914, arribó a Chile la mayor cantidad de palestinos: un 56% del total de personas de ese origen. Durante los años 1909 y 1915 llegó un 27% de sirios, mientras el 60% de libaneses se instaló en el país entre 1910 y 1913.

La segunda etapa corresponde a la que se llevó a cabo entre las dos guerras mundiales, de 1920 a 1940. Estuvo marcada por la decadencia del salitre, la crisis económica mundial y el incipiente proceso de industrialización con sustitución de importaciones. De acuerdo al censo de población de 1930, los habitantes de origen árabe en el país llegaban a un poco más de 6.000, aunque no entrega precisión si el nacimiento se produjo en Chile o en los países árabes.

La Guía Social de la Colonia Árabe¹⁵ registró un total de 2.994 familias árabes en Chile, cifra que representaba a unas 15.000 personas aproximadamente. Un 85% de ellas

¹¹ M. ZEDÁN. La presencia de la mujer árabe en Chile. Santiago: Centro de Estudios Árabes, Universidad de Chile. Santiago: 1994, pp. 4.

¹² Actualmente, se calcula que el número de descendientes de los inmigrantes árabes es entre 60.000 y 75.000 personas. Este cálculo se ha construido basado en que en 1941 se estimaban unos 15.000 árabes, entre inmigrantes y descendientes; y por otra parte, según el Censo de Población de origen árabe de 1970 se estimaban 12.291 personas. De acuerdo a la distribución espacial de los árabes en el territorio nacional es posible estimar para esa fecha unos 31.000 en todo el territorio nacional. Luego, si asimilamos el crecimiento natural demográfico de los árabes al nacional y consideramos que después de 1970 no hay registros censales migratorios significativos de población árabes, se llegaría a una cifra base de 52.700 personas. Sin embargo, este cálculo es conservador, pues no se posee información exacta sobre el total de los inmigrantes que llegaron al país ni de sus descendientes. Esto, debido a que tanto la Guía de 1941 y el Censo de 1970 seguramente han subestimado el número de personas de origen árabe, ya que si bien fueron iniciativas muy rescatables, se realizaron con técnicas rudimentarias y limitado financiamiento, lo que seguramente impidió registrar al total de la población.

¹³ L. AGAR y A. REBOLLEDO. La inmigración árabe en Chile: Los caminos de la integración. En libro “El mundo árabe y América Latina”. Santiago: Ediciones UNESCO, 1997, pp. 287.

¹⁴ L. AGAR. El comportamiento urbano de los migrantes árabes en Chile y Santiago. Tesis para optar al grado de Magíster en Planificación del Desarrollo Urbano y Regional, Universidad Católica. Santiago: 1982.

¹⁵ A. H. MATTAR. Op.Cit.

correspondía a inmigrantes y el 15% restante, a sus descendientes. Del total de estas familias, un 51% era de origen palestino, un 30% sirio y un 19% libanés.

La mayoría de los inmigrantes provenía de las mismas ciudades. En el caso de los sirios, el 46% correspondía a Homs y un 9% a Safita. Mientras que los palestinos, un 36% procedía de Beit-Yala y un 35% de Belén. Con respecto a los libaneses, la situación fue distinta ya que las zonas de origen fueron muy diversas, por lo que no hubo primacía de ningún lugar por sobre otro.

La tercera fase de inmigración se produjo después de la Segunda Guerra Mundial. En este periodo disminuyó el flujo de población siria y libanesa, ya que gracias a la caída del Imperio Turco Otomano, la instauración de los mandatos de Francia e Inglaterra, y el posterior proceso de independencia, mejoraron las condiciones de la población cristiana.

Sin embargo, en el caso de los inmigrantes palestinos ocurrió todo lo contrario, ya que al aumentar la localización de población judía en el área, se recrudeció uno de los factores expulsivos en el lugar de origen, especialmente a partir de la Guerra de Partición, en 1948.

Con todo, a partir de la década del treinta, el proceso migratorio comenzó a declinar y prácticamente desapareció como fenómeno social, después del inicio de la Segunda Guerra Mundial.

3. El rechazo de los chilenos

A todas las dificultades que tuvieron que enfrentar los árabes para instalarse en Chile —como la diferencia de cultura, de idioma, falta de recursos y nulo apoyo estatal—, se sumó la discriminación. Ellos tenían conciencia de haber elegido un país igualmente subdesarrollado que su tierra natal, por eso, al sentirse discriminados por un pueblo que en ningún caso consideraban de mejor nivel sociocultural, optaron por replegarse, agrupándose en un determinado sector de la ciudad¹⁶.

Según la historiadora Antonia Rebolledo, los árabes estuvieron más expuestos a las críticas y a la difamación por haber sido estigmatizados como un grupo étnico inferior. Las denuncias hechas a través de la prensa y medios intelectuales chilenos utilizaron argumentos peyorativos para menospreciar a los árabes¹⁷.

La adquisición de prejuicios responde a un modo de simplificar la visión del mundo basándose en generalizaciones de información imperfecta o incompleta, es decir, en la formación de estereotipos. Las personas asignan atributos que son consistentes con sus

¹⁶ D. LAHSEN ABOID. Op.Cit.

¹⁷ Ibid. pp. 12.

propias creencias y prejuicios, y de esta manera, el análisis del comportamiento y de las creencias de otro grupo se realiza desde la propia perspectiva, olvidando que la otra cultura está cimentada en valores distintos. De esta forma, la sociedad chilena valorizó a los inmigrantes árabes desde sus propios patrones y criterios normativos, situación que tuvo como consecuencia un desprecio hacia al grupo extranjero.

Existen antecedentes suficientes en la literatura migratoria sobre la comunidad árabe de Chile, que demuestran cómo fueron catalogados desfavorablemente por los miembros de la sociedad chilena. La actitud negativa de los miembros de la comunidad nacional hacia los primeros inmigrantes árabes, se basaba en prejuicios o juicios emocionales sin mayores fundamentos en la realidad, algunos de los cuales alcanzaron también a la primera generación de descendientes¹⁸.

A su llegada, los primeros inmigrantes vivieron en sectores muy modestos. De ahí que el diario “El Mercurio”, uno de los medios de comunicación más importantes del país, se refiriera a los árabes en términos peyorativos. Esto se debe especialmente a su baja condición económica inicial y su dedicación exclusiva al trabajo, lo cual produjo una actitud de rechazo por parte de la sociedad chilena¹⁹. Conformaban una etnia distinta, con un claro sentido del ahorro, lo que se expresaba en gastos exclusivos para la alimentación y el pago del alquiler, dedicación al trabajo sin pausa, iniciativa emprendedora e integración familiar a la actividad laboral. Todo esto era mal visto por la población chilena.

La ocupación en tareas de comercio a pequeña escala que realizó la mayoría de los primeros inmigrantes árabes, alimentó los prejuicios respecto a su imagen, tiñendo así su identidad social. Por esta razón, a pesar de la existencia de factores culturales comunes entre ambos grupos —como la religión—, al comienzo la relación entre ambas poblaciones no fue positiva.

Por otra parte, los primeros inmigrantes ingresaron al país con el pasaporte del Imperio Turco Otomano. Los chilenos, al igual que en otros países de América Latina, ignoraban las diferencias nacionales e histórico-culturales del Medio Oriente, por lo cual comenzaron a llamarlos “turcos”, tal como estaba escrito en su pasaporte. Esto, por su puesto que no agradó a quienes justamente habían sufrido la dominación y la persecución imperial.

Según la Encuesta EPOA 2001, al 81% de los empresarios le llamaban “turco” en el colegio, entre los cuales a un 55% le molestaba, mientras que a un 39% le era indiferente y un 6% consideraba que era “con cariño”. En el caso de los académicos un 62% recibió este apelativo, del cual a un 43% le desagradaba y el 57% de los casos se mostraba indiferente. En cuanto a los estudiantes, sólo un 36% tuvo este apodo, del cual apenas a

¹⁸ M. T. DAHER. Op. Cit.

¹⁹ A. REBOLLEDO. La integración de los árabes en la vida nacional: Los sirios en Santiago. Tesis de grado, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago: 1991.

un 29% le molestaba. El apelativo se usaba especialmente en el colegio, lugar que precisamente constituye uno de los primeros espacios de socialización formal, pero también trascendió a otras áreas de la vida social. La hostilidad hacia el árabe se manifestó en burlas y, algunas veces, en el desprecio por su aspecto, su forma de hablar y su manera de vivir²⁰.

A los árabes también se les vedaba el ingreso a espacios sociales de la clase alta, sin importar su condición ni sus atributos personales. Según Daher, “uno de los clubes tradicionales, otrora un baluarte aristocrático, perdió esa distinción precisamente porque debido a la necesidad de mantener una sede suntuosa en el centro de la capital, había admitido en el cuadro de socios a unos “turcos” muy ricos. La discriminación practicada contra las familias de origen árabe, entre las cuales se encuentran algunas de las mayores fortunas de Chile, parece comprobar que la clase social y la clase económica está lejos de significar una misma cosa en América Latina”²¹.

Joaquín Edwards Bello, uno de los intelectuales más relevantes de la época, expresó en 1935 su consternación por la inmigración de “árabes, sirios y judíos”, ya que, aseguraba, era la causa de que el chileno de los barrios de Recoleta, San Pablo y San Diego, mostrara un color de piel más oscuro. Esto, a pesar que los rasgos indígenas o mestizos siempre han estado presentes en la población local. Es que el grupo intelectual de inicios del siglo XX, representante paradigmático de la clase oligárquica, frecuentemente se manifestó de manera despectiva en relación a los inmigrantes árabes, pero también con todos los sectores que no poseían un origen centroeuropeo.

Cabe señalar que la coincidencia de la llegada de inmigrantes árabes desde distintas zonas geográficas repercutió en la manera en que la sociedad chilena los recibió y percibió. Ésta mostró una percepción uniforme hacia los inmigrantes llegados desde El Líbano, Palestina y Siria, es decir, no hizo la diferencia entre un pueblo y otro. Esto se debió fundamentalmente al desconocimiento generalizado de la cultura árabe. Como explica Daher²², “se categorizó como pertenecientes a una misma cultura a todos los inmigrantes provenientes de diferentes países y culturas de Medio Oriente”.

Pese a los prejuicios y discriminación que mostró la sociedad receptora, nunca hubo persecuciones o campañas para expulsar a los árabes del país. La existencia de matrimonios mixtos, si bien en una proporción baja, muestra que también existieron formas de aceptación. Además contaron con algunas condiciones favorables, como el acceso a la educación para los hijos y la libertad de realizar cualquier actividad económica que desearan emprender. Gracias a factores como éstos se fue dando un proceso de integración, cada vez mayor en las nuevas generaciones. De hecho, según la Encuesta

²⁰ M. T. DAHER. Op. Cit.

²¹ Ibid. pp. 76.

²² Ibid. pp. 71.

EPOA 2001, mientras el 85% de los académicos y el 81% de los empresarios se sienten aceptados en la sociedad chilena, en los estudiantes esa sensación crece al 93%.

En todo caso, el rechazo de que fueron objeto los árabes y sus primeros descendientes, muestra que la discriminación social con base étnica ha formado parte de la historia de Chile. Los grupos sociales discriminados siguen siendo, hasta hoy incluso, aquellos que reúnen características físicas alejadas a los patrones occidentales. Es interesante hacer notar que según la “Encuesta de intolerancia y discriminación. Informe y análisis”, de la Fundación Ideas en los años 1997 y 2000, muestra un desconocimiento y discriminación hacia grupos étnicos distintos, no sólo por parte del grupo socioeconómico alto, sino también de los estratos medios y bajos. Por otro lado, un estudio de la UNICEF “Los prejuicios de los niños, niñas y adolescentes”, realizado en 2004, el mayor prejuicio que tienen los menores es ante los extranjeros, de hecho, un 46% piensa que existe una o más nacionalidades inferiores a la chilena.

4. La mirada de los inmigrantes

En Chile, los árabes encontraron un paisaje y condiciones climáticas similares a los de sus países de origen. Como dice Rebolledo²³, “el paisaje era, tal vez, una de las pocas semejanzas que los inmigrantes podían encontrar con su tierra natal”. Lo contrario afirma Eugenio Chahuán²⁴, quien explica que las analogías no se limitaban sólo a este ámbito: “La incorporación gradual, aunque generalmente rápida de los árabes al medio ambiente criollo sólo puede explicarse por las semejanzas de estilos de vida. El árabe que se establece en Chile no lo hace en calidad de emigrante exótico, sino que puede considerar su nuevo hogar como propio, ya que en nuestro país encontrará profundas raíces arábicas”. No hay que olvidar que los más de ochocientos años de presencia arábigo-musulmana en la península Ibérica, dejaron un legado cultural de valor incalculable que también se reflejó en América Latina, dominada por la Corona Española.

Otro factor de integración fue la religión, ya que la mayoría de los inmigrantes profesaba la religión cristiana, específicamente la religión Ortodoxa y, en menor medida, la Católica Romana²⁵. En algunos barrios de Santiago, especialmente aquellos que llegaron a ser identificados con habitantes de origen árabe, se erigieron tempranamente Iglesias Católicas Ortodoxas, lo que habla del tipo y el papel que cumple la religiosidad en los inmigrantes.

²³ A. REBOLLEDO. 1994. Op. Cit., pp. 121.

²⁴ E. CHAHUÁN. Presencia árabe en Chile. En “Revista chilena de humanidades”, n° 4, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile. Santiago: AlfaBeita Impresores, 1983, pp. 41-42.

²⁵ Muchos inmigrantes y descendientes palestinos de confesión ortodoxa, se convirtieron al catolicismo para poder casarse con mujeres chilenas, y así integrarse mejor a la vida familiar y religiosa nacional. Según una encuesta realizada en el año 2001 por Daniela Lahsen, a 306 familia chilenas-palestinas originarias de Beit-Yala, Palestina, un 72% de los inmigrantes eran ortodoxos y un 28% católicos apostólicos romanos. Sin embargo, ya en la segunda generación de nacidos en Chile esta relación se invierte, siendo actualmente un 70% católicos romanos y un 30% ortodoxos.

La existencia de una religión común es una variable muy importante para determinar si hubo o no un choque cultural entre los inmigrantes y la población local. Éste se produce cuando la distancia cultural entre los grupos en interacción es muy marcada, es decir, cuando no existe una comunión en los valores básicos de los grupos. De esta manera, al tener en común el elemento religioso, no se produjo un choque frontal entre chilenos y árabes, pues compartían los mismos valores fundamentales.

La integración se ha producido a tal punto, que la proporción de árabes que aún profesa la religión Ortodoxa y la Católica Romana, ha cambiado. Según la Encuesta EPOA 2001, un 69% de los consultados declaró ser católico y sólo un 14% ortodoxo. En el caso de los académicos, llama la atención que un 24% declaró no tener religión, lo que seguramente significa que no practica, no cree o no se siente representado por la institución religiosa. También resulta interesante destacar que el 6% de los estudiantes afirmó tener otra religión, sin especificar cuál. En cuanto a los empresarios, éstos muestran la mayor proporción de ortodoxos, con un 22%.

Donde se aprecia una distancia mayor entre los inmigrantes y la sociedad receptora, es en el ámbito de las instituciones políticas y económicas, debido a que en el país de origen la aldea constituía la base de la vida en comunidad. El desafío para los árabes fue tratar de conciliar sus tradiciones con las nuevas normas de conducta que les permitiese una interacción con la población local.

Para poder integrarse a la nueva sociedad, los árabes necesitaron de instancias de re-socialización y acomodación. Según Daher²⁶, “el sujeto debe aprender y adquirir nuevas pautas culturales, que suceden cuando el inmigrante no hace suyos los nuevos rasgos culturales y, sin embargo, se integra laboralmente a la sociedad receptora. En este caso, se habla de acomodación. Una persona o un grupo de individuos provenientes de otra cultura pueden vivir junto a los miembros de la sociedad receptora, pero conservando entre ellos relaciones de externalidad, vale decir, sus interrelaciones estarán regidas más por normas y leyes que por contactos íntimos”.

Las redes familiares fueron fundamentales en este proceso de integración. Una vez que llegaban a Chile, los inmigrantes eran recibidos por parientes que ya llevaban un tiempo instalados e incluso, a veces eran acogidos por compatriotas que los apoyaban por el sólo hecho de tener un origen común. Los que llevaban más tiempo en el país orientaban a los recién llegados sobre la cultura, idioma e idiosincrasia de la gente local. Así lo cuenta Antonia Rebolledo²⁷, haciendo referencia a una entrevista: “Conocieron a un compatriota llamado Ibchara Barcuch (...) oriundo de Beit-Yala y sabía suficiente español como para hacerse entender. Hizo que sus compatriotas aprendieran un reducido, aunque

²⁶ M. T. DAHER. Op. Cit. pp. 28-29.

²⁷ A. REBOLLEDO. 1994. Op. Cit. pp. 137-138.

imprescindible vocabulario para entenderse con la gente, haciéndoles repetir una y otra vez. Asimismo les habló de las costumbres de los habitantes, de su modo de vida y de la mejor forma en que debían tratarlos y entenderse con ellos”.

Recién llegados, un objetivo fundamental para los inmigrantes era conseguir trabajo, pues necesitaban recursos. “Lo ganado era, casi en su integridad, ahorrado a fin de llegar a concretar sus sueños: Establecerse, enviar a buscar a la familia o retornar a su patria enriquecidos. Sus gastos eran escasos: Arriendo y comida. Ni pensar en comprar ropa y otros prescindibles”²⁸.

La posición central que tenía el trabajo al interior de la comunidad árabe contribuyó al proceso de integración, ya que su interacción con el medio se sometía a la regulación normativa de la sociedad receptora. Como necesitaban subsistir, debieron internalizar sus pautas de conducta, haciendo al mismo tiempo un intento por conservar su forma de vida.

Por otra parte, para las mujeres árabes fue mucho más difícil integrarse a la sociedad receptora. Esto, por su rol de mantener las tradiciones y también, como no participaban en el mundo del trabajo, les costaba más aprender el idioma. Considerando que además contraían matrimonio con hombres de su mismo origen, adaptarse a su nuevo medio no fue nada fácil para ellas. De hecho, según la EPOA 2001, para el 60% de las empresarias aún es importante tener un cónyuge de origen árabe, lo que revela que para una buena parte de las mujeres todavía es importante compartir ciertos patrones culturales con su pareja y fundar una familia cimentada en esos valores.

5. El rol del matrimonio

A pesar de la dispersión territorial, y a que la gran mayoría de los inmigrantes correspondía a hombres jóvenes y solteros, la celebración de matrimonios exogámicos —entre chilenos e inmigrantes—, fue relativamente baja en un comienzo: Entre 1910 y 1919, sólo en el 11,6% de los casos uno de los cónyuges era de origen árabe. En la década siguiente, entre 1920 y 1929, este fenómeno aumentó, pero sólo a un 16,3%²⁹.

El comportamiento con respecto a los tipos de matrimonios de las minorías étnicas, constituye una variable fundamental para indicar los procesos de integración y asimilación de éstas a la sociedad receptora³⁰. En este caso, la paradoja del emigrante árabe radicó en que, aún teniendo el anhelo y la voluntad de asentarse en un país distinto, persistió el deseo de conservar las tradiciones. Esto revela la dificultad de las personas para abandonar repentinamente sus profundas raíces históricas.

²⁸ M. OLGUÍN y P. PEÑA. Op. Cit. pp. 93.

²⁹ M. ZEDÁN. Op. Cit. pp. 6.

³⁰ Ibid.

Lo anterior aún persiste en la actualidad. Según la Encuesta EPOA 2001, el 62% de los palestinos, quienes son la amplia mayoría, tiene ambos padres palestinos. En el caso de los sirios, el porcentaje de las personas en que sus progenitores comparten el mismo origen baja a un 50%. Por otra parte, la exogamia también parece tener relación con el tipo de actividades. La comparación entre los grupos de empresarios, académicos y estudiantes, es relevante para comprender las diferencias generacionales y de actividad en los tipos de matrimonio. En los empresarios, sólo el 14% tiene a uno de sus padres cuyo origen no es árabe; en los académicos esta cifra aumenta a un 47%. En los estudiantes universitarios este porcentaje alcanza un relevante 72%, mostrando que el mestizaje aumenta notoriamente en la medida que pasan las generaciones, si bien también se aprecia que la actividad empresarial, ciertamente más endógena por factores económicos, hace que se preserve en mayor medida los matrimonios entre personas del mismo origen.

En los años de mayor afluencia árabe al país existió una alta preferencia por matrimonios endogámicos, es decir, cuando ambos cónyuges son de origen árabe. Cerca de un 90% de los hombres solteros llegados a Chile contrajo nupcias con una mujer del mismo origen. En la elección y aprobación de la futura esposa intervenía la opinión de todos los parientes congregados en los consejos de familia, donde se reunía a todos los familiares que residiera en Chile.

Bajo esta lógica, la conformación de la familia árabe aseguró la transmisión de hábitos y costumbres, y la conservación de la identidad árabe y su estilo de vida. “En sus primeros tiempos, el árabe tendió a casarse dentro de la misma colectividad, ya que por diversas circunstancias no se relacionaba con chilenos: Poco dominio del idioma, desconfianza mutua y, tal vez, lo más importante, porque no concebía la idea de casarse con alguien que no fuese de su patria, más aún, de su aldea, y cuya familia no se conociese (...). En los consejos de familia se proponían al joven las probables candidatas. En el caso de no aceptar ninguna, los medios para encontrarlas no eran muchos... Uno de ellos consistía en asistir a las actividades de la comunidad árabe, donde concurrían los muchachos y muchachas casaderos. Una costumbre propagada en toda América era aquella en que los jóvenes en edad de merecer iban a los puertos cuando recalaban barcos que traían familias árabes. Entre la prole, se podía encontrar a la futura compañera. Cuando ninguna de estas vías daba resultado, aún quedaba la posibilidad de viajar al lugar de origen, en busca de una esposa”³¹.

Los primeros inmigrantes experimentaron un fuerte choque cultural al percibir una nueva relación entre los sexos. Si bien los hombres y las mujeres chilenas mantenían relaciones desiguales de poder al interior de la relación de pareja, los inmigrantes percibieron a las mujeres de los sectores marginales como muy diferentes respecto del comportamiento de sus pares árabes. La desconfianza experimentada por el árabe frente a las chilenas se

³¹ M. OLGUÍN y P. PEÑA. Op. Cit. pp. 100-101.

debía a que, en dichos sectores, se observaba una mayor "liberalidad" de las mujeres y un comportamiento marital muy ajeno al que estaban acostumbrados³².

En todo caso, lo anterior no impidió la celebración de matrimonios mixtos. Las diferencias religiosas no constituían necesariamente un impedimento para casarse, pues al igual que en el resto de los países latinoamericanos, los chilenos profesan mayoritariamente la religión Católica Romana. Así, ambos tenían en común la fe cristiana, existiendo la congruencia de los valores primordiales en la familia³³.

Según la información que arroja la Guía de la Colonia Árabe de 1941, entre 1910 y 1969 se aprecia un gradual aumento relativo de los matrimonios mixtos. En la época de mayor afluencia, que abarca los años 1910 a 1919, éstos constituyen un 12% del total de matrimonios. En cambio, en el período comprendido entre 1960 y 1969, se celebra un 53% de matrimonios mixtos, aspecto que indica una progresiva integración social de los árabes a la sociedad receptora.

En un principio, sólo un reducido número "desafiaba a sus paisanos, transgrediendo la norma tácita, pero rigurosa, de no casarse con una persona ajena a la comunidad árabe"³⁴. Pero con el cese de la inmigración masiva en la década de los cuarenta, las personas en edad de casarse —muchas de ellas ya descendientes de la primera generación—, comenzaron a contraer matrimonio con no árabes. Esto supone una aceptación creciente de la forma de vida de las personas que integran la sociedad chilena y al mismo tiempo, la idea del retorno comienza a esfumarse.

Así se inicia un proceso de creciente aceptación mutua, debido especialmente a las pautas de comportamiento adquiridas y asimiladas por el grupo de inmigrantes. Esto queda demostrado en la EPOA 2001, donde el 56% de los empresarios y académicos considera que no es importante tener hijos casados con cónyuges de origen árabe. En cuanto a los estudiantes, el porcentaje aumenta a un 87%.

6. Integración y pérdida de identidad

En un principio, la mayoría de los inmigrantes árabes llegó pensando en un pronto retorno a su tierra natal, lo que impedía su arraigo en el país. Sin embargo, en la comunidad árabe surgieron voces de preocupación al respecto. Es así como en un diario árabe publicado en Santiago se promovió combatir el fanatismo religioso, atacar la falta de solidaridad e "incultura" de algunos inmigrantes, así como promover su integración. Benedicto Chuaqui, en su novela histórica "Memorias de un emigrante", dice al respecto:

³² M. OLGUÍN y P. PEÑA. Op. Cit. pp. 100.

³³ Ibid. pp. 101.

³⁴ A. REBOLLEDO. 1994. Op. Cit. pp. 131.

“Insistí en la conveniencia de adaptarse a los usos y costumbres del país que nos albergaba, a fin de no desentonar dentro de la sociedad en que llegábamos a vivir”³⁵.

Esta necesidad de integración promovió varios cambios al interior de la comunidad árabe. Uno de los más importantes es el abandono de su lengua. De acuerdo a la EPOA 2001, sólo un 26% de los académicos, un 22% de los empresarios y un 15% de los estudiantes, mantiene el idioma árabe en el seno de su familia.

Según Marcela Zedán³⁶, directora del Centro de Estudios Árabes de la Universidad de Chile, sólo 1.670 personas poseen un dominio de esta lengua —número que corresponde a los residentes nacidos en alguno de los países árabes. Se estima que una cantidad similar de descendientes lo aprendió a través del contacto familiar, por lo que manejan la lengua en forma oral. Al mismo tiempo, son cerca de cinco mil las personas que estudian árabe en las distintas instancias que existen en el país, las que alcanzan diferentes grados de conocimiento del idioma. Como explica Zedán, “este número reducido de arabo-parlantes dentro de la colectividad chileno-árabe, pone de manifiesto el profundo proceso de negación identitaria que consume a esta colectividad”. Este proceso también se vio reflejado en las mismas publicaciones que la comunidad árabe editó en Chile. Mientras que en los primeros diarios de la década del veinte estaban escritos completamente en árabe, en los años treinta la mayoría de sus páginas pasaron al español.

Con el mismo objetivo de facilitar el proceso de inmersión en la sociedad chilena, un conjunto no menor de personas cambió su nombre y apellido de bautizo. Esto también indicaba el comportamiento de la sociedad receptora hacia el inmigrante: el cambio de nombre favorece una comunicación más fluida entre los distintos grupos, en la que los prejuicios hacia los árabes tienden a desaparecer, facilitando las relaciones comerciales. Una vez en Chile, el árabe tradujo o transformó su nombre a lo que más parecía en español y muchas veces, también su apellido. Con el cambio de éstos últimos, nacieron los Campos, Flores, Martínez, Pinto, García, Díaz y Tapia, árabes. Con la transformación de los nombres, los Issa derivaron en Salvador, los Hanna, en Juan; los Mamad, en Manuel; los Jalil en Julio, entre tantos otros³⁷.

A raíz de la drástica reducción de la inmigración árabe en los años cuarenta, la colectividad árabe se conformó principalmente por los descendientes de los inmigrantes. Mientras que en 1941 un 85% de los árabes eran inmigrantes y 15% descendientes, en 1970 esta proporción prácticamente se revirtió, con un 14% de inmigrantes y un 86% de descendientes³⁸. En la EPOA 2001 ya no aparecen inmigrantes. Un 34% de los encuestados son descendientes de primera generación, un 48% de la segunda y un 18%

³⁵ A. REBOLLEDO. 1994. Op. Cit. pp. 123.

³⁶ N. SAFFIE. Entrevista propia, 4 de junio, 2004.

³⁷ M. OLGUÍN y P. PEÑA. Op. Cit. pp. 101-102.

³⁸ L. AGAR. 1982. Op. Cit. pp. 74-75.

de tercera. En el grupo "académicos" y "empresarios", que tienen un promedio de edad de 51 y 54 años respectivamente, predominan nítidamente las personas de primera y segunda generación nacidas en Chile. Lo opuesto ocurre con el grupo "estudiantes", donde el promedio de edad es de 23 años, predominando los de segunda y tercera generación, con sólo un 5% correspondiente a la primera.

En este proceso de integración, no sólo hay una regulación de la interacción con el medio a través de las pautas normativas referidas al ámbito laboral, sino también una incorporación de los valores en las personas, que están en congruencia con el medio receptor. Esto, gracias al aumento de los matrimonios mixtos y a la educación que reciben junto a sus pares locales.

Sin embargo, las nuevas generaciones aprecian la conservación de algunas de sus costumbres y valores. Así es como, según la EPOA 2001, el 62% de los consultados escucha música árabe y el 92% aún conserva la comida tradicional. Por otra parte, según una encuesta realizada por Daniela Lahsen, a 306 familias chilena-palestinas originarias de Beit-Yala, el 22% de la tercera generación de inmigrantes nacida en Chile dice conservar "altamente" las costumbres y tradiciones árabes. Llama la atención que en los encuestados de segunda generación, el porcentaje que afirma mantener "altamente" estas costumbres y tradiciones alcanza sólo el 12%. Claro que entre los inmigrantes y descendientes de primera generación estas cifras son significativamente mayores, con un 57% y 34% respectivamente. La diferencia entre la segunda y tercera generación tiene que ver, a nuestro juicio, con un típico fenómeno de reetnización que se observa en una parte de los chilenos descendientes de palestinos, gracias a que alcanzaron un alto nivel de integración y quieren marcar diferencia con sus raíces árabes y, por otro lado, existe paralelamente otro conjunto de descendientes de esta misma generación que se muestra muy alejado de sus raíces. Así, en esta encuesta, un 11% declaró no mantener "nada" de sus costumbres y tradiciones³⁹.

7. La comunidad árabe y su ubicación geográfica

El cambio drástico en la forma de vida condujo a los inmigrantes a concentrarse en zonas geográficas bien definidas. La migración en cadena, sumada a la necesidad de agruparse para lograr un mejor desempeño en las labores comerciales, implicó una acentuada concentración territorial. La dispersión o concentración de la población árabe en el país varía de acuerdo al lugar de origen de los inmigrantes. Este hecho resulta muy importante si consideramos las particularidades de cada grupo migratorio árabe: Palestinos, sirios y libaneses.

Los primeros inmigrantes se ubicaron en barrios de la periferia, viviendo en casas de escaso valor donde generalmente se agrupaban en función de las relaciones de

³⁹ D. LAHSEN ABOID. Op. Cit. pp. 92.

parentesco. De esta manera, poco a poco se dio inicio a la concentración de familias en calles específicas. El asentamiento en barrios marginales de la ciudad era común y se adoptaba para no incurrir en gastos innecesarios —la voluntad de sacrificio inicial para hacer venir y juntar a la familia explica esta actitud—, que pudiesen significar un mayor deterioro de las condiciones de vida⁴⁰.

La idea de recrear la aldea árabe puede contribuir a explicar la forma de asentamiento de los pioneros. En sus países de origen, en los pueblos y ciudades, los barrios agrupaban a las familias, cuya importancia al momento de establecer relaciones de confianza es vital. Los vecindarios o barrios eran homogéneos con respecto a la religión, al origen nacional y, en cierta medida, a la ocupación y los ingresos. Allí, el individuo tenía íntimos y perdurables vínculos de parentesco, credo y vocación. La ciudad del Medio Oriente consistía en una aglomeración de comunidades autónomas donde no se cultivaba sentimiento alguno de lealtad hacia la misma ciudad. Existía, por cierto, una lealtad hacia la familia y la comunidad religiosa. Esta forma de vida se proyecta también en la forma de asentamiento espacial pues la cooperación y cercanía geográfica entre las personas se hace indispensable al emprender actividades comerciales en un país desconocido⁴¹.

Del total de familias censadas en la Guía de 1941, en Santiago vivía un 36% de palestinos, un 57% de sirios y un 25% de libaneses. En total, un 40% de las familias árabes se encontraban asentadas en Santiago en el año 1941. Tres son los barrios contiguos donde se concentraban: Recoleta en un 26%; San Pablo un 16% y Santiago Centro un 11%. Los palestinos se localizaban en Recoleta en un 37%, siendo el grupo migratorio que mostró la mayor concentración en un barrio específico en Santiago. Estos barrios llegaron a identificarse con el inmigrante y sus descendientes debido a su importante presencia en la zona⁴².

El barrio con mayor importancia es el ubicado en la zona Mapocho, al norte de Santiago, que comprendía las calles Patronato, Independencia, Recoleta y sus alrededores. Con la llegada de los árabes a este sector no sólo afloró el comercio, sino que también se iniciaron los primeros talleres textiles. Incluso hoy en día, a pesar de la creciente presencia de ciudadanos coreanos, el barrio Patronato es identificado con los árabes y el comercio.

Las familias descendientes de árabes, en cambio, se localizaron en Ñuñoa en un porcentaje mucho mayor que los inmigrantes: Un 16%. Esto muestra la movilidad espacial hacia sectores de la ciudad de mayor nivel social, evidenciando la relación entre la categoría generacional y el proceso de integración social. El proceso de movilidad residencial hacia la zona Oriente de Santiago es coincidente con el movimiento de las

⁴⁰ M. OLGUÍN y P. PEÑA. Op. Cit. pp. 92.

⁴¹ L. AGAR. 1982. Op. Cit. pp. 23-25.

⁴² Ibid. pp. 123-128.

clases más acomodadas. Es decir, aunque hay una presencia mayoritaria en el centro de Santiago, existe una tendencia a abandonar los sectores populares en los cuales se avicindaron los inmigrantes en un principio, para optar a otros más acomodados. Claramente dicha movilidad se produce acorde con un mejoramiento de las condiciones de vida a través de los años e impacta en la localización espacial diferenciada por generación⁴³.

Con los años, esta tendencia se fue acrecentando. Según la información obtenida a través de la EPOA 2001, la actual distribución espacial de la población árabe se concentra fuertemente en el sector Santiago Oriente, de estrato social medio-alto (comunas de Lo Barnechea, Vitacura, Las Condes y Providencia), con un 56% del total. En las comunas consideradas típicamente de clase media (La Reina y Ñuñoa) vive un 15% de la población encuestada, mientras que el 29% restante vive en otros sectores.

Por otra parte, los inmigrantes que provenían de localidades urbanas del Medio Oriente se radicaban también preferentemente en ciudades. Asimismo, si las personas habían vivido en zonas rurales, generalmente elegían pueblos o ciudades pequeñas para asentarse. La dispersión de la población árabe que no reside en Santiago y que llega mayoritariamente entre 1900 y 1930, puede deberse en parte a las características del desarrollo urbano del país. Chile se urbanizó muy tempranamente, lo que conllevó un bajo nivel de concentración demográfica, ofreciendo a la comunidad árabe la posibilidad de instalarse en diversos núcleos urbanos a través de todo el territorio nacional⁴⁴.

La actividad comercial ambulatoria, que exigía la incursión en territorios alejados para alcanzar pequeños poblados, constituye otra variable fundamental al momento de explicar el modo de localización en el país. Lograda una cierta clientela en aquellos pueblos, se puede suponer que el establecimiento en localidades medianas responde a la necesidad de acceder a ellas en forma recurrente. En una segunda etapa, la instalación se caracterizó por la diversidad de artículos ofrecidos⁴⁵. Con ello, mostraron así su "completa capacidad de integración, toda vez que la vida en pequeños pueblos, el mundo rural e incluso, algunas características del clima, eran parte de la experiencia del inmigrante"⁴⁶.

Los árabes estaban repartidos en todo el país, aún en las localidades más pequeñas y apartadas. Así, "había al año 1940, por lo menos dos familias o más de árabes, y generalmente, eran de la misma nacionalidad, reafirmando lo que hemos anotado, respecto a la presencia de familias o amigos como factor de atracción. Por tanto, los árabes propendieron a agruparse en Chile, de acuerdo a su país y, aun más, de su aldea

⁴³ L. AGAR. 1982. Op. Cit.

⁴⁴ Ibid.

⁴⁵ Ibid. pp. 97-99.

⁴⁶ M. OLGUÍN y P. PEÑA. 1990. pp. 96-97.

o ciudad de origen. Por ejemplo, a Chile llegaron y se establecieron diez sirios provenientes de Aleppo. Los diez estaban asentados en Antuco⁴⁷.

Los inmigrantes buscan la cercanía de sus coterráneos en vecinos de similar origen para aminorar los efectos del desarraigo y poder compartir con sus paisanos. La concentración espacial en barrios específicos demuestra la habitual forma de inserción de los primeros inmigrantes, y se justifica por la necesidad de aunar fuerzas en un medio desconocido y a veces hostil. Por otra parte, considerando que esto facilitó el progreso económico, este fenómeno contribuyó en la futura integración social, incluso en la dispersión espacial acorde a las pautas de la población chilena.

8. Formando una comunidad

Las características comunes entre las personas que provienen de otros lugares fomentan el sentido de pertenencia, a la vez que les permiten distinguirse del medio local. Por eso, la identificación no se limita a la procedencia de sus países, que llegaron a independizarse después del significativo flujo de inmigración, sino que se amplía al sentido de pertenencia a una comunidad árabe como tal. Hay prácticas culturales y procesos colectivos que los constituyen en conjunto como un grupo distinto, más allá si procedían de Palestina, Siria o El Líbano⁴⁸.

Los lazos familiares, además de una historia territorial, social, política y religiosa común, son vínculos que unen a los inmigrantes árabes entre sí, haciendo que se sientan como parte de una comunidad árabe propiamente tal, más allá de una referencia específica a los lugares de origen. Este concepto evoca, primeramente, la pertenencia de distintos individuos a una agrupación social o territorial, económica o política, que los identifica y los relaciona entre sí a través de experiencias de vida significativas.

Resulta interesante ver cómo la comunidad árabe ha ido evolucionando en su relación con Chile. En los inmigrantes la pertenencia era con sus pares de origen y, con dificultad, trataban de adaptarse a las costumbres criollas. Ahora, la EPOA 2001 nos muestra síntomas de cambio y permanencia en la dicotomía referida a la identidad. Un 65% del total de encuestados se reconoce como "chileno/árabe", un 13% como "árabe/chileno" y un 12% como "chileno" solamente. En detalle, el porcentaje de académicos que anotó la primera alternativa fue un 79%, los empresarios un 65% y los estudiantes, un 51%. Esta opción de sentirse como "chileno/árabe", muestra por un lado el reconocimiento a la adscripción a lo chileno y, por otro, un reconocimiento de la identidad árabe como parte integrante de su ser. De ahí que la población de origen árabe se reúna con amigos también descendientes de árabes, lo que demuestra un alto espíritu de grupo. Esto queda

⁴⁷ M. OLGUÍN y P. PEÑA. 1990. pp. 99.

⁴⁸ M.T. DAHER. Op. Cit. pp. 57.

representado por el 82% de los académicos encuestados, un 92% de los empresarios y un 87% de los estudiantes.

9. Inmigrantes árabes: comerciantes por esencia

Es bastante probable que la elección del comercio como principal actividad económica se haya debido a que éste no requería necesariamente de una comunicación fluida. Tan sólo bastaban unas pocas palabras: El resto lo hacía el lenguaje universal de las señas⁴⁹. Pero precisamente gracias a la relación con los clientes, los inmigrantes se relacionaron rápidamente con el medio chileno y fueron adquiriendo las normas de interacción social. “A pesar de desconocer el idioma y las costumbres, se dedicaron a la tarea de contactarse directamente con los miembros de la comunidad receptora para ofrecer y negociar sus mercancías”⁵⁰. Dicha tarea requería también la exploración territorial y la incursión en zonas alejadas, lo que no sólo les permitió conocer las formas de vida de los chilenos, sino también aprender nociones fundamentales del idioma.

La principal relación del inmigrante hombre con la sociedad receptora fue de orden comercial: La atención del negocio y la relación con sus respectivos clientes. Para las mujeres la situación era distinta, pues su participación en la sociedad receptora estaba sujeta a la dependencia establecida por el marido: Trabajaban en el negocio familiar y atendían los quehaceres domésticos.

De ahí que, más allá de los términos comerciales, el rol comunicador con la sociedad receptora haya recaído en los hijos de los inmigrantes. El niño debe “comportarse según las expectativas de sus familiares, como también adoptar su comportamiento de acuerdo a las expectativas de los grupos a los cuales va ingresando, como el colegio, los amigos el barrio, entre otros”⁵¹. Al interior de la familia árabe, se esperaba que el descendiente hiciera propios los valores sociales y las normas de conducta del país de sus padres o abuelos, pero también es fundamental conjugar la preservación de su cultura con la integración a este nuevo país. A nuestro juicio, la unidad familiar juega un papel central en el exitoso proceso de integración de la comunidad árabe a Chile.

El comercio ambulante fue la actividad más frecuente entre los inmigrantes árabes, debido a que sus recursos eran escasos y no contaban con un oficio. Por lo demás, ésta es una actividad tradicional en varios países árabes y tiene varias ventajas: Se podía ejercer pese a las carencias del idioma español; era ideal para la mayoría de los inmigrantes que soñaban con retornar a su tierra, ya que no forjaban raíces con el país receptor; y además, unos a otros se iban transmitiendo los conocimientos para hacer

⁴⁹ M. OLGUÍN y P. PEÑA. Op. Cit.

⁵⁰ M. T. DAHER. Op. Cit. pp. 70.

⁵¹ Ibid. pp. 87.

negocios en Chile, sobre el perfil del cliente, sus preferencias y las características del territorio, entre otros aspectos.

Una cosa importante era no entorpecer el trabajo de los coterráneos ya establecidos, por lo que se debía buscar nuevas rutas y conseguir una clientela propia, lo que motivó la dispersión a pequeñas localidades urbanas para vender la mercancía puerta a puerta. El itinerario formado por caminos rurales que conducían a valles cercanos y lejanos, se recorría generalmente en compañía de otro buhonero o vendedor ambulante, protegiéndose además de posibles asaltos en el camino.

Un relato describe al buhonero de la siguiente manera: “Con sus canastos desbordando de las más heterogéneas mercancías —pañuelos, medias, espejos, horquillas, carretes de hilo, jabones, imperdibles, botones, miriñaques y peinetas—, constituían una figura demasiado pintoresca para que pasaran inadvertidos. Recorrían las calles voceando sus productos en rudimentario español con el conocido pregón de “cosa tenda” o sea, cosas de tienda”⁵². Otro inmigrante decía: “Salvo raras excepciones todos comenzamos con un canasto o una maleta, muchos calzando hojotas o alpargatas para ganarnos los primeros pesos. Kilómetros y kilómetros en los caminos o en las ciudades ofreciendo telas y ropa hecha”⁵³.

En general, los inmigrantes se dedicaron a actividades más bien de carácter independiente. En cuanto podían trabajar por cuenta propia montaban su propio negocio y tomaban su camino, aunque sin perder los vínculos con aquellos que los habían acogido en sus inicios. Los que lograron reunir suficiente dinero, instalaron su propia tienda. Éste constituía el segundo paso en el desarrollo económico de los árabes en Chile. Darlo no era fácil, pues implicaba haber ahorrado durante un buen tiempo y además, haber sido capaz de reunir suficiente clientela.

Su forma de trabajar era distinta de la manera chilena, por lo que muchas veces fue mal entendida y criticada. Un ejemplo lo constituye un apartado de una novela citada por Olgúin: “Usted se habrá fijado en los turcos... Abren temprano. Cierran cuando no pasa un alma. Si nadie entra, permanecen inmóviles. Así ahorran energía y ropa. Viven en caserones. ¿Cuántos habitan en el mismo? Sólo Dios sabe. ¿Los ha visto entrar? Son como hormigas. A la vuelta de unos años abren su fábrica y siguen igual: La misma ropa, la misma cara, el mismo paso. Sólo por lo que existe dentro de su fábrica uno comprende que son ricos”⁵⁴.

Los inmigrantes árabes y su primera generación de descendientes se desempeñaron principalmente en el área textil, ya sea formando talleres e industrias, o vendiendo

⁵² M. OLGUÍN y P. PEÑA. Op. Cit. pp. 140-141.

⁵³ A. REBOLLEDO. 1994. Op. Cit. pp. 141.

⁵⁴ M. OLGUÍN y P. PEÑA. Op. Cit. pp. 95.

productos de este rubro. Esto, porque ya tenían experiencia desde su lugar de origen, por ejemplo en la ciudad de Homs, cuna de la mayoría de los inmigrantes sirios llegados a Chile, sus habitantes se dedicaban principalmente a fabricar sedas y algodones. Los telares eran muy primitivos y la forma de producción estaba organizada en forma parecida a lo que ocurría en la Edad Media europea, con el comerciante que proporcionaba la materia prima y compraba al artesano el producto acabado⁵⁵.

Pese a que los árabes tenían menos posibilidades de prosperar al llegar a Chile, en comparación con otras colectividades extranjeras —debido a la ausencia de capital, falta de instrucción formal y el desconocimiento del idioma, entre otros factores—, en un periodo de 20 a 30 años alcanzaron una posición que los hizo sobresalir en el ámbito económico⁵⁶. Su mayor aporte a la economía del país fue la creación de empresas privadas, especialmente textiles. En el proceso de industrialización de los años cincuenta, el carácter emprendedor de la población árabe contribuyó de manera significativa al progreso de Chile y las empresas con propietarios árabes tuvieron una activa participación en el desarrollo económico de Chile⁵⁷.

Según datos de 1981⁵⁸ y 2000 —si bien corresponden a bases de datos diferentes—, se puede observar la evolución del área textil en la población árabe y no árabe. Al hacer la comparación, un 23% de todas las empresas que se dedican al rubro de las confecciones a inicios de los años ochenta tenía un propietario de origen árabe, mientras que en el rubro textil la cifra aumenta a un 48%. En el año 2000, en cambio, la población árabe aumenta su participación a un 33% en el ámbito confecciones, pero disminuye a un 36% en el textil. Esto se debe a que en los años ochenta se inició un proceso de reestructuración de la economía, con énfasis en la exportación de recursos naturales y en la importación de productos terminados, lo que claramente afectó la actividad característica de la población árabe.

Con respecto a la ubicación espacial de las empresas con participación árabe, se ha mantenido como predominante la comuna de Recoleta. Tomando en cuenta las 479 empresas vigentes al año 2000 en la guía de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), el 23% se encuentra en este barrio. Le siguen la comuna de Santiago y, en menor medida, Macul.

Un caso particular es el de la elite proveniente de las grandes industrias, que invirtió el excedente principalmente en la banca, posibilitando su incorporación al mundo financiero. Así, en el lapso de un siglo se advierte un progreso impresionante de los inmigrantes árabes: Su llegada, la precaria dedicación al comercio, la creación de pequeñas,

⁵⁵ A. SANFUENTES. *La influencia de los árabes en el desarrollo económico de Chile*. Tesis, Departamento de Ciencias Económicas e Ingeniería Comercial, Universidad de Chile. Santiago: 1964.

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ A. SANFUENTES. Op. Cit.

⁵⁸ L. AGAR. 1982. Op. Cit.

medianas o grandes industrias; la participación financiera interna y la posterior expansión al resto de América Latina. De esta forma, el comportamiento de este grupo es acorde al de las altas esferas de la economía internacional.

10. Los descendientes

En la EPOA 2001, contestada sólo por descendientes de inmigrantes, se pueden apreciar algunos aspectos que caracterizan a este grupo, y distinguir algunas diferencias entre el conjunto de empresarios y académicos —pertenecientes a la misma generación—, y los estudiantes, de un promedio de edad de 23 años.

Con respecto a la distribución por sexo, un 72% son hombres y un 28% mujeres. En los "académicos", el 65% son hombres y el 35% son mujeres; en los "empresarios", el 89% son hombres y sólo un 11% mujeres. Un mayor equilibrio se aprecia en el grupo "estudiantes", donde existe una distribución equilibrada por sexo, siendo incluso más las mujeres, con un 51%. Estas cifras del grupo generacional más joven se condicen con lo que sucede en la población nacional: La presencia profesional de las mujeres aumenta sostenidamente en el tiempo, lo que también refleja en este punto la integración de la población árabe en la sociedad chilena.

En cuanto a la identidad cultural, un 65% de los encuestados se reconoce como "chileno/árabe". Con todo, esta adscripción mayoritaria disminuye en los estudiantes, ya que por pertenecer a una generación más joven están más integrados a Chile. Esta diferencia también se aprecia en las consideraciones sobre la elección del cónyuge: Mientras los académicos y empresarios sí le dan importancia a su origen, los estudiantes no creen que este punto sea relevante.

La influencia de la ascendencia árabe en la vida profesional de la población de origen árabe se aprecia como importante, aunque también hay diferencias notables entre el grupo "académicos" y "empresarios", con respecto a los más jóvenes. Así, entre los estudiantes, se aprecia una tendencia a sentir con menos fuerza la influencia del origen árabe en su carrera profesional. Respecto de la influencia de la ascendencia árabe en la vida profesional de los académicos y empresarios, éstos indicaron lo siguiente: Un 32% de los académicos señaló que ser árabe influyó de manera positiva en su vida profesional, en el 3% afectó de manera negativa y en un 65% de los casos declaró que no tuvo ninguna relevancia. En el caso de los empresarios la situación es muy distinta, pues un 67% señaló que ser descendiente de árabe influyó de manera positiva en su vida empresarial, en un 30% no afectó de manera alguna y en un 3% la influencia se realizó de manera negativa. En el caso de los estudiantes, éstos responden en función del futuro profesional y señalan, en un 59%, que ser descendiente de árabe influirá positivamente en su vida profesional y un 41% no influirá. Ninguno opina que podrá tener un efecto negativo.

Uno de los aspectos a nuestro juicio más interesante que se obtiene de la EPOA 2001, dice relación con aquellas cualidades que se deben alentar en la familia. La "responsabilidad" es el valor más nombrado por los encuestados, con un 62% de elecciones por parte de los académicos, un 63% de los empresarios y un 64% de los estudiantes.

Las diferencias entre los grupos encuestados aparecen a partir de la segunda característica. Entre los académicos, un 35% menciona la "tolerancia", un 24% la "determinación" y la "independencia", y un 15% el "trabajo duro" y "no ser egoísta". En los empresarios, el segundo lugar lo ocupa la "fe religiosa", con un 28%; luego el "trabajo duro", con un 22%; y la "obediencia", con un 19%. En el caso de los estudiantes, aparece en segundo lugar el "trabajo duro", con un 36%; luego la "tolerancia", con un 28%; la "independencia", con 26% y en quinto lugar la "imaginación", con un 18%.

A modo de conclusión es posible decir que los descendientes de los inmigrantes árabes se han integrado plenamente en la sociedad chilena, proceso que se ha intensificado con el paso de las nuevas generaciones nacidas en Chile. Como la inmigración árabe se produjo en un momento en que se priorizaba a otras nacionalidades y además, se inició justo cuando comenzó a decaer la inmigración europea, el proceso ocurrió de manera desarticulada y espontánea. Esto determinó una mayor cohesión del grupo, y ayudó a fomentar y transmitir a las futuras generaciones el deseo de integrarse a la sociedad chilena.

En suma, el trabajo de los inmigrantes para integrarse en la sociedad chilena fue exitoso, a pesar de las innumerables dificultades que el medio les colocó. Con tesón y esfuerzo lograron vencer los obstáculos e insertarse de lleno en la vida económica primero, y luego, en todo el ámbito social. Los descendientes, que actualmente ya llegan a la cuarta generación nacida en Chile, han continuado la senda trazada por los inmigrantes y han profundizado el proceso de integración. La población de origen árabe ya no se concentra solamente en actividades comerciales, sino que ha profesionalizado su quehacer irrumpiendo con éxito en todos los ámbitos de la sociedad.

Podemos decir que el aporte árabe ha enriquecido a la cultura chilena en el sentido más lato posible. Ha conseguido fusionar culturas sin traumas sociales y ha logrado algo hoy en día impensado: La integración social de un grupo inmigrante y sus descendientes, junto con un innegable apego a sus raíces originales. En otras palabras, integración social con identidad cultural, sin que eso signifique tener que optar obligadamente entre formar una comunidad cerrada o diseminarse en la sociedad sin dejar trazos de su presencia original.